

nían así á quedarse con su mercancía, y en las últimas noches, media hora antes de la función, se conseguía una luneta por seis y por cinco pesos, más barata que al precio del despacho, según el cual valía diez. Otras personas aun tenían más calma, y como las funciones empezaban casi siempre por los números sueltos de concierto, confiados á los artistas de segunda fila, aguardaban á que el espectáculo hubiese comenzado, y entonces conseguían billetes á precio aun más económico. De ahí resultaba que al alzarse el telón, la sala se veía á medio llenar, y poco á poco la concurrencia iba aumentando hasta el lleno absoluto. La venta de palcos fué la que más produjo á los revendedores, porque como casi todos los que tenían propiedades fueron adquiridos por éstos, el sobrante era reducidísimo y se cuotizaba bien: palco segundo hubo que se pagase en *trescientos pesos* por una sola noche. Uniendo á todo esto el robo hecho por el *falso Mayer*, que al fin fué aprehendido en los Estados Unidos, resultando ser su verdadero nombre *Charles Bourton*, habrá de convenirse en que esa primera visita de la Patti costó á la sociedad de México *un ojo de la cara*, como vulgarmente se dice.

Fué en cambio aquella una época animadísima en la Capital: el comercio de lujo tuvo un inusitado movimiento, y todos los círculos dispusieron de abundante asunto para sus conversaciones. Quienes más no podían hacer, se contentaban con ver siquiera al paso á la *Diva*. La puerta del Hotel del Jardín siempre estaba llena de curiosos, en especial á las horas en que se sospechaba que iba á salir á alguna visita ó dirigirse al teatro.

Hubo quienes tomaran habitación en el Hotel del Jardín para tener derecho á encontrarse con la artista en las escaleras ó en los corredores. La Patti recibió muy pocas visitas, pero fué una de ellas la de Rosa Palacios, á quien quiso oír en unos trozos de *Mignón* y de *Il Guarany*, que nuestra artista cantó, mereciendo la aprobación de la *Diva* y los aplausos de Mr. Abbey. A estas pequeñas y rarísimas recepciones era de rigor concurrir en traje de etiqueta, pues jamás se ha visto una actriz más dada que la Patti á ese rigorismo. El periódico parisiense antes citado, decía de ella y de sus costumbres: "A la Patti le gusta vestir muy bien, pero no por la sociedad, pues vive muy retirada, sino para sí misma. Por la tarde, cuando come con Nicolini ó bien con su empresario, el vestido escotado es para ella de rigor y sus dos comensales visten frac y corbata blanca, ostentando en su pecho todas las condecoraciones que poseén. Después de la comida se juega al billar, con igual aparato, y sólo carambolas. Poseyendo ya sobradas rentas, las ganancias de sus excursiones se emplean en aumentar el fausto y suntuosidad de su regia posesión de Craig-y-Nos, ó se invierten en trajes, de los que manda hacer cuarenta á la vez á sus dos modistas titulares. Otros detalles: su secre-

tario particular gana un sueldo mensual de tres mil quinientos francos (*ó sean setecientos pesos*). La Patti no ensaya: un empleado del teatro acude diariamente á recibir sus órdenes, y generalmente las da Nicolini en su nombre. Mientras se halla en sus expediciones, es costumbre que á la mañana siguiente de cada función en que toma parte, su empresario le remita en una charola un *check* por el valor del sueldo que le corresponda. Antes de hacerlo así, no permite que se anuncie la función que deba seguir."

¡Bienaventurado el que posee!

CAPITULO II

1887.

Casi al mismo tiempo que Adelina Patti se retiraba de la Capital, la empresa *Henry E. Abbey y Maurice Grau* ponía en circulación con el título de "*Vuelta al mundo de Sarah Bernhardt*," el prospecto siguiente:

"Elenco artístico.—*Sarah Bernhardt*.—*Mlle. Jeanne Malvan*, del teatro Gymnase de Paris; *Mlle. Fontages*; *Mlle. Rénard*; *Mlle. Susanne Seylor*; *Mlle. Marie Vallot*; *Mlle. Marcelle Robin*; *Mme. Lacroux*; *Mme. Joliet*.—*Mr. Philippe Garnier*, de la Comedie Française de Paris; *Mr. Angelo*, de los teatros de la Porte St. Martin y Gymnase de Paris; *Mr. Fraumier*, del teatro de la Porte St. Martin; *Mr. Thefer*, del teatro de la Porte St. Martin; *Mr. Bertier*; *Mr. Piron*, del teatro de la Porte St. Martin de Paris; *Mr. Decor*, de los teatros de la Porte St. Martin y Ambigu; *Mr. Lacroux*, de los teatros de la Porte St. Martin y Vaudeville de Paris; *Mr. Fournier*, del teatro de la Renaissance de Paris; *Mr. Joliet*, del teatro de la Porte St. Martin de Paris; *Mr. Carteneau*, del teatro de la Porte St. Martin.

"Debiendo Sarah Bernhardt seguir su viaje de vuelta al mundo, dará solamente *diez funciones* en México, escogiendo entre su repertorio las principales piezas.—Precios por abono á las diez funciones: Plateas y palcos primeros, *trescientos pesos*; palcos segundos, *doscientos*; palcos terceros, *ciento cincuenta*; palcos de galería, *cuarenta*; lunetas y balcones, *cuarenta*; asientos de galería, *doce*. Precios por función: plateas y primeros, *cuarenta pesos*; segundos, *trenta*; terceros, *veinte*; de galería, *seis*; lunetas y balcones, *cinco*; delanteros, *un peso cincuenta centavos*; entrada general, *un peso*.—Nota: El abono quedará depositado en el Banco de Londres y Sud América, hasta la llegada de

la Compañía á México.—Enero 18 de 1887. Por la empresa, *Edgar Strakosch*.”

Ciertamente no hubo necesidad de apuntalar las Cajas del Banco de Londres por causa del depósito del importe del abono. Ni sombra siquiera de aquel furor por concurrir á los conciertos de la Patti. El pícaro Charles Bourton, *el falso Marcus Mayer*, se hubiese llevado un frentazo piramidal, si hubiese reservado para entonces su celebérrima estafa. Pero fué hombre de ingenio y no tuvo sucesor; para desgracia de nuestro público se le brindaba con la garantía de respetabilísima institución de crédito cuando no había necesidad de ello. Tal fracaso hecho público díjose que Sarah Bernhardt ya no nos visitaría, pero, por fortuna, la actriz sublime, impulsada quizás en su *Vuelta al Mundo* por la misma fuerza que al héroe de Julio Verne le hace arrostrar con toda clase de tropiezos y fatalidades, á su vez no paró mientes en las malas noticias de Strakosch, y arrastrada por el *anda! anda!* de Ashaverus, vino á pesar de todo á la ciudad, y en el Gran Teatro dió en 6 de Febrero *La Dama de las Camelias*, el 7 *Fedora*, el 9 *Frou-Frou*, el 11 *Le Maître de Forges*, el 12 *Adriana Lecouvreur*, el 13 *Frou-Frou* por segunda vez, el 15 *Le Sphinx*, el 16 *Theodora*, el 17 *La Dama de las Camelias*, por segunda vez, el 18 en función extraordinaria y á su beneficio *Hernani*, y el 19, para décima y última de abono y despedida, *Theodora* por segunda vez: todavía le alcanzó el tiempo para asistir á un asalto que en su honor dió la Sociedad de Tiradores en la Sala de esgrima del Callejón de Santa Clara, y concurrir á un coleadero con que la obsequiaron algunos *charros* elegantes, y á las ocho de la noche del 21 tomó el Ferrocarril Central con destino á Washington, donde el 29 dió su primera representación.

Difícil sería vivir más de prisa que aquella original mujer y muy eminente actriz.

Como la Civili, como la Ristori, como la Pezzana, como la Rodríguez, vió el Teatro Nacional casi vacío, como no lo vieron actores y actrices de mucho menos talento que ellas. Como ellas también fué, sin embargo, comprendida y admirada por los inteligentes y aplaudida con frenesí, y nuestro Gran Teatro se gloria y honra de haberle dado albergue como á tantos otros ilustres artistas que le hacen olvidar de que en malas horas y tristes días han profanado su escena mil y un titiriteros, saltimbanquis, y cómicos y zarzuelistas de la legua.

Sarah Bernhardt, cuyos verdaderos nombre y apellido son Rosine Bernhardt, vino á México casi de la misma edad que la Patti, puesto que había nacido en París el 22 de Octubre de 1844. Actriz maravillosamente inspirada; pintora y escultora de talento; escritora fácil; hermosa mujer; caprichosa y extravagante sobre toda pondera-

ción, es, dice uno de sus biógrafos y compatriotas, una de las curiosas y originales personalidades parisienses. Produciendo en la escena admirables creaciones; improvisándose dueña y directora de teatros; escribiendo en los periódicos; haciendo arresgadas ascensiones en globo libre; casándose, divorciándose de hecho; tirando el oro por la ventana; perseguida por sus acreedores; pasando de un palacio propio á un humilde cuarto de alquiler; rehaciendo en unos cuantos días su fortuna; buena é insoportable; adorada y aborrecida, con su nombre ha llenado ambos mundos, y en todas partes sus glorias y sus aventuras son sabidas, aun por aquellos que no la han visto jamás.

Describir su carrera artística es de todo punto imposible en reducidas páginas; no cabe en ellas ni aun la simple enumeración de sus triunfos colosales. Sólo diré que hay papeles en los cuales nadie se ha atrevido á ponerse en parangón con ella. En 21 de Noviembre de 1877 en la tragedia *Hernani*, hizo una *Doña Sol* tan supremamente maravillosa, que el nombre de la actriz vino á ser inseparable del de la heroína de Víctor Hugo. Gala y principal atractivo fué durante muchos años del Teatro Francés, como socia de la *Comédie Française*; pero á lo mejor desconoció todos sus deberes y obligaciones para con ella, dimitió todos sus derechos, se ausentó de París, consiguió, merced á grandes influencias, recobrar su honroso puesto, y otra vez volvió á abandonarle y á fugarse, viéndose por ello envuelta en una demanda judicial en la que salió condenada á pagar ciento cuarenta y cinco mil francos. Mientras, expedicionó por Inglaterra y los Estados Unidos, causando en todas partes verdadero frenesí con su talento y con sus excentricidades. Tampoco es fácil detallar éstas, pero nadie ignora la de haber hecho construir un magnífico ataúd en el cual dormía muchas noches, amortajada como podrá estarlo el día de su fallecimiento; también es muy conocida la de su ascensión en un globo con el pintor Jorge Clairin, sobre lo cual escribió su espiritual libro *En las nubes*, ilustrado por ese artista. Deseando conocer la vida de mujer casada, en 1882 se unió en matrimonio con un diplomático griego, Jackes Damala, á quien hizo entrar en su compañía dramática como actor, con nombre de Daria: pronto se cansó de él y de su experiencia matrimonial, y sobrevino una ruptura entre ella y su marido.

Ni sus desórdenes, ni sus escándalos, asunto de libelos como el titulado *Sarah Barnun y Marie Pegeonier*, le perjudicaron jamás en el aprecio y entusiasmo de sus admiradores y de los más distinguidos literatos, alguno de los cuales, Victoriano Sardou por ejemplo, casi exclusivamente para ella escriben, porque nadie como ella sabe interpretar sus obras, ni eternizarlas en los carteles, ni conmover á toda una sociedad con el anuncio de una creación escénica. *Fedora* en 11 de Diciembre de 1882, *Theodora* en 26 de Diciembre de 1884, la

Tosca en 24 de Julio de 1887, *Cleopatra* hace poco tiempo, han importado para el autor y para su intérprete triunfos que el telégrafo y el cable han comunicado á todo el Universo, como sucesos memorables. Mentira parece, hace notar su biógrafo, que en un tan débil individuo como ella puedan haber, sin perjudicarse ni corregirse, tanto genio y tanta excentricidad, tanto exceso de vida y tantas causas que debieran aniquilarla. Ese cuerpo de apariencia débil, eternamente enfermo, perdidamente neurótico, ha consumido no sólo diez fortunas sino también veinte existencias de mujer: sus nervios le comunican una actividad eléctrica; para ella el reposo es la muerte; su capricho es su sola ley; el arte su único culto firme; lo demás nada le importa ni le merece ni la más mínima consideración: sus dos divisas *Quand même*, y *Tout passe, tout lasse, tout casse*, forman el credo de su vida. Contratada Sarah Bernhardt para América en 1886, contrata á la que debimos el verla en nuestro gran teatro, volvió á París en 31 de Julio de 1887 con ochocientos mil francos ganados en su excursión, llevando sujeto á una cadena de oro su muy amado *Munte*, nada menos que un pequeño tigre, tan mal domesticado que en Nueva York lastimó gravemente á un mozo y al *restaurateur* del hotel en donde se hospedaba la artista.

Sus triunfos en México fueron los mismos que en todos los teatros que visitó. Estremeció al público concurrente á *La Dama de las Camelias*, con aquella verdad con que se desmayaba en medio del walse, con sus conflictos amorosos con *Armando*, con su entrevista con el anciano *Mr. Duval*, y sobre todo al escribir la carta de despedida al amado de su alma: en ese momento estuvo sublime, como en la escena final del cuarto acto y en la de la muerte de la infortunada *Margarita*, fingida con positivo artístico derroche de detalles y actitudes supremamente verdaderos. En *Fedora*, en *Frou-Frou*, en *Theodora*, en *Le Maître de Forges*, en *Adriana*, en *Le Sphinx*, en *Hernani*, estuvo la sublime actriz pero ¿á qué tratar de decir cómo estuvo? Para quienes la vieron y oyeron, nuestras explicaciones resultarían pálidas; para quienes no tuvieron esa fortuna, cuanto dijésemos no podría darles ni siquiera aproximada idea de lo que puede ser una tan grande artista como ella.

Después después La pluma se resiste á escribir! Después Todos los públicos que faltaron en las representaciones de la *Civili*, la *Ristori*, la *Pezzana* y Sarah Bernhardt, no pudieron haber en las cien plazas de toros de la Capital y de los Estados vecinos, para los cuales se organizaron inmensos trenes que eran, no obstante, tomados por asalto por la multitud expuesta á no hallar cabida en sus coches innumerables.

Con mucha anterioridad, en uno de los dos años de vida del duodécimo Congreso de la Unión, habíale sido presentado un *proyecto de*

ley por la Diputación del Distrito Federal, consultando la derogación del art. 87 de otra ley de 28 de Noviembre de 1867 sobre dotación del Fondo Municipal. La Comisión de Gobernación del décimotercero Congreso no quiso dejar dormir ese proyecto, y en 28 de Noviembre de 1886, firmado por los diputados D. Ramón Rodríguez Rivera y D. Tomás Reyes Retana, presentó dictamen favorable, haciendo notar "haber consagrado *preferente atención* á su estudio," "su afán de dar lleno y cumplir con acierto su cometido," "pesado sus ventajas," y "explorado con detenimiento la opinión." De todo ello dedujo la Comisión "que sólo el sentimentalismo exagerado de unos cuantos podía condenar el espectáculo á que se refiere el art. 87 de la ley citada, porque la gran mayoría afirma que en esa clase de fiestas debe señalarse una *costumbre nacional*, determinada por una afición peculiar á nuestra raza, que revela *sus precedentes históricos* y que marca al mismo tiempo el *genio é índole propios de nuestro pueblo*." Por estas y otras razones, conveniente era echar al diablo la *pragmática de Carlos Tercero*, y cuantas prohibiciones legales habían tratado de extirpar esa diversión, que "considerada bajo el aspecto utilitario era una fuente de recursos para los municipios, y una *medida preventiva para los delitos*." Además, y en esto sí estamos de perfecto acuerdo, "el ejemplo del Distrito Federal al abolir en 1867 las lides de toros, no había sido secundado por los Estados de la Federación, ni aun siquiera por los limítrofes, y no dejaba de ser un ridículo para la ley que existiesen plazas de toros en las inmediaciones de la Capital, concurridas y favorecidas por los habitantes de ésta, cuyo tesoro municipal pagaba en una de ellas el servicio de la policía haciéndolo con sus gendarmes propios."

Con estos fundamentos la comisión consultaba el que fuesen permitidas las lides de toros mediante el pago de cuatrocientos á ochocientos pesos por cada licencia, destinándose los fondos así recaudados á la obra del desagüe de la ciudad de México.

Como, según se dijo, poderosas influencias se empeñaban en la derogación de tal art. 87, obtúvose al fin y acto continuo comenzáronse á levantar y construir plazas de toros, tocándole la suerte de ser la primera en inaugurarse á la que en la Colonia de los Arquitectos y Calzada de San Rafael, alzaron con asombrosa rapidez D. Eduardo y D. Lorenzo K. Ferrer, vecinos de esta Capital. A mediados de Enero pudo ya *admirarse* el colosal esqueleto del nuevo circo taurino, que, según *El Arte de la Lidia*, periódico cuasi oficial acabado de establecer, constaría de cincuenta y cinco lumbreras altas ó palcos, ciento sesenta con gradería, y extensa serie de *tendidos*; el *redondel* sería de *sesenta* varas de diámetro, con su *barrera y callejón* de dos varas de ancho: los *toriles* se construirían al estilo moderno para evitar desgracias y el mal trato de los toros. La plaza que podría dar